

# José García Nieto



Miembro de la Real Academia Española

Premio Cervantes 1996

Premio Nacional de Literatura 1951 y 1957

# Antología

Selección poética de 1940 a 1991

Selección María Teresa García-Nieto

## VÍSPERA HACIA TI

Doblaban en el viento las banderas  
de todos los adioses que esperabas.  
Caían copos blancos de chilabas  
por una despedida de palmeras.

Dormida en las arenas de tu cuna  
quedó una huella de tus pies perdidos.  
Se levantaban ecos escondidos  
en las ciudades de color de luna.

Marcó el mar entre espumas tu partida;  
iba por una brisa la arrogancia  
de tu mirada limpia hacia otra vida.

Se suicidaron, lejos, muy pequeñas,  
cerca del horizonte de tu infancia,  
dos nubes de blanquísimas cigüeñas.

## POESÍA

No sé si soy así, ni si me llamo  
así como me llaman diariamente;  
sé que de amor me lleno dulcemente  
y en voz a borbotones me derramo.

Lluvia sin ocasión, huerto sin amo  
donde el fruto se cae sobradamente  
y donde miel y tierra, juntamente,  
suben a mi garganta, tramo a tramo.

Suben y ya no sé donde coincide  
mi angustia con mi júbilo, ordenando  
esta razón sonora y sucesiva.

Y estoy condecorado, aunque lo olvide,  
por un antiguo nombre en que cantando  
voy a mi soledad definitiva.

## DESPEDIDA

Vuelvo a mi casa , más alta  
que la tuya, Luisa Esteban,  
pero sin una ventana  
que de al atrio de la iglesia.  
- ¡Adiós, adiós! -

Y no oyes,  
Luisa Esteban.

No levantarás el cántaro,  
por mí, de su cantarera,  
con el agua del aljibe,  
sonora, delgada y fresca.  
En tu cama de altos hierros  
no dormiré más la siesta.  
Ni en tus sábanas de hilo,  
Luisa Esteban.

Porque a mí me llevan - mira,  
tú que no oyes, mi pena -  
amores de otras ciudades  
hasta otra calle cualquiera  
que no es ésta con un toro  
descansando ante tu puerta.

## HE VENIDO A LA TIERRA HOY...

He venido a la tierra hoy - nueve de septiembre -  
buscándote en la puerta de este otoño vacío.  
Nadie sabe que tengo menos años que nunca  
y que sólo conozco tu contorno inmediato.

He venido a la tierra, arrancado de un sueño  
donde hacía contigo los lagos y las frutas,  
donde la tela tersa de todas las mañanas  
buscaba enamorados dardos de nuestros dedos.

Y tú no estás o vives fuera de mi costumbre.  
Lejanías te roban, te someten; te cercan  
litorales ajenos a mi fácil llegada.

He perdido mi viaje, mi pulso y mi camino,  
y encuentro ahora en todo lo que te amó y amaste  
el ala y la mirada de tu paso de estrella.

CANCIÓN DE AMOR  
DESDE LEJOS

Toledo en mi corazón  
y en mi soledad tus ojos  
¿memoria de qué, mi amor?

¿Memoria de qué batalla,  
ganada en qué dura almena,  
levantada en qué mañana?

Madrugador el castillo  
dormido el río en la vega,  
y tú, soñando conmigo.

Para decirte, mi amor,  
dónde empiezan mis caminos,  
a Toledo he de volver  
con tus ojos por testigo.

PRIMAVERA DE UN HOMBRE  
(Primer recuerdo de Soria)

Por Soria está ya la sierra pura  
enseñando su azul entre la nieve,  
y entre el bajo pinar el cielo breve  
tendrá otro azul: aquel de mi ventura.

Sala de la niñez, fresca hermosura  
que abril a levantar en mí se atreve;  
aire de ayer que al pecho de hoy conmueve,  
gota de luz entre mi sangre oscura.

Cómo volver los ojos, hacia dónde,  
si a este grito de Dios nadie responde,  
del Dios niño que todo lo podía.

A Soria llegará la primavera.  
Siempre hay tiempo de amor para el que espera:  
¡Señor, di que no es tarde todavía!



A UN ESPEJO DONDE SE VA A MIRAR  
UNA NIÑA FEA

¡Cuidado! No, no sigas. Huye, ciega  
tu pupila feroz. ¿No ves que ahora  
todo se romperá y habrá una aurora  
más triste que esta noche en que se anega?

Vuélvete y niega sus mejillas, niega  
sus cabellos sin brillo, y elabora  
un rostro milagroso en esta hora  
en que todo el misterio se te entrega.

Creen tus duendes claros la belleza,  
cierren su luminosa fortaleza  
a ese trigal oscuro y desgranado.

Haz rojo el labio y finge blanco el seno,  
y abre una nueva estrella sobre el cieno  
donde, se asome el ángel que ha soñado.

GRACIAS, SEÑOR...

Gracias, Señor, porque estás  
todavía en mi palabra;  
porque debajo de todos  
mis puentes pasan tus aguas.

Piedra te doy, labios duros,  
pobre tierra acumulada,  
que tus luminosas lenguas  
incesantemente aclaran.

Te miro; me miro. Hablo;  
te oigo. Busco; me aguardas.

Me vas gastando, gastando.  
Con tanto amor me adelgazas  
que no siento que a la muerte  
me acercas...

Y sueño...

Y pasas...

## LA PARTIDA

Contigo mano a mano. Y no retiro  
la postura, Señor. Jugamos fuerte.  
Empeñada partida en que la muerte  
será baza final. Apuesto. Miro

tus cartas, y me ganas siempre. Tiro  
las más. Das de nuevo. Quiero hacerte  
trampas. Y no es posible. Clara suerte  
tienes, contrario en el que tanto admiro.

Pierdo mucho, Señor. Y apenas queda  
tiempo para el desquite. Haz Tú que pueda  
igualar todavía. Si mi parte

no basta ya por pobre y mal jugada,  
si de tanto caudal no queda nada,  
ámame más, Señor, para ganarte.

## ELEGÍA EN COVALEDA

|

Después de muchos años, he venido  
hasta el propio rincón donde te haces  
tierra sin descansar. Nunca hay descanso  
para el cuerpo que cae.

Avanza, ahonda, se destruye, pasa  
ríos oscuros, cauces,  
horas de lucha inextinguible, guerras  
sin ruido, horribles vecindades;  
se mueve, si, se deshabita, y deja  
fundirse, penetrarse...

He llegado hasta aquí después de muchos  
años de andar, y puedo ahora mirarte  
frente a frente, de hombre  
a hombre. ¿Me ves...? No hay nadie  
entre los dos; ni el viento  
que apenas roza, ni el dolor que casi  
se siente porque viene de otro tiempo  
o es tiempo mismo ya.

Te miro, padre,  
de hombre a hombre, de muerte  
a muerte; sí, de carne a carne.  
Porque es igual que tú seas la tierra  
de hoy o yo esa tierra ya esperándome  
-somos como una caña que en el agua  
se quiebra al espejarse,  
como dos campanadas sucesivas  
de la hora de un linaje:  
tú, alejando en la noche tu sonido,  
yo, detrás y acercándome-,  
porque el cuerpo que se alza todavía  
va a durar un instante  
de pie; tú me lo dices de hombre a hombre,  
de muerto a muerto ya, de sangre a sangre.  
Está fresco el pinar de Covaleda  
en la mañana grave;  
Urbión cuida celoso de su nieve;  
unos caballos pacen;  
un niño canta, un niño  
canta, un niño que pasa canta... ¿ Nace  
la vida? ¿ Empieza todo ?  
(Todo sigue, Dios mío entre las márgenes  
doradas, bajo el agua que madruga,  
sobre la luz temprana de los árboles.  
Pero aquí está mi muerto, aquí mi árbol

tendido ayer: el hacha es implacable ).  
Te estoy contando... ¿Oyes...?  
Soy el desconocido; ya sé. Sabes,  
también tú, que soy otro: el extranjero  
en esta tierra, tuya de guardarte;  
el hijo pródigo que vuelve  
cansado, y no hay quién calce  
sus sandalias, y no hay quien sacrifique  
el becerro mejor... No; nadie sale  
a mi encuentro. Tú casa no es mi casa.  
Aún menos que tuviste tienes hoy para darme.  
("Iré a mi padre y le diré..."  
"Y el padre, levantándose...")  
Pero ¿que idioma hablo?. Si me escuchas  
¿ a qué te suena mi lenguaje...?  
Hoy que tengo los años que tenías,  
los que has tenido para siempre, padre,  
me pregunto cómo hice ya el camino  
que en ti me parecía interminable.  
Un hombre soy, y te lo digo ahora,  
como aquel que tú un día completaste.  
Y de hombre a hombre -¿oyes?- frente a frente  
te estoy mirando y en ti estoy mirándome...  
Canta un niño a lo lejos, canta un niño  
que pasa, canta un niño dulcemente distante.

## EL PARQUE PEQUEÑO

### IV

Todo parece igual que ayer,  
que aquel día oscuro y primero  
que vine aquí y encontré sólo  
la tosca sequedad del suelo.  
No veía en la caja el lado  
sin cubrir: tu lugar, tu hueco.  
Los hombres no vemos la trampa  
por donde llegas. La sabemos  
vagamente, la sospechamos,  
y un día...

Las voces, los juegos  
de los niños fueron, despacio,  
dando sentido al patio, fueron  
dando totalidad al aire,  
suficiencia a la tierra. El centro  
del mundo, de su mundo, era  
éste. ¿ Y lo es ?, pregunto, pienso...  
Los niños inventan, recrean,  
fingen y truecan, y hacen cierto  
lo imposible, y lo entregan siempre:  
dan al sueño lo que es del sueño.  
Sabían volver lanzas las cañas,  
duendes las sombras de los dedos,  
caballos las sillas inmóviles,  
trenes sus sucesivos cuerpos.  
Apenas hablan y ya tienen  
la bautismal gracia en el verbo,  
la lengua de un poblado suyo,  
de un paraíso extraño el eco.  
Nadie les dijo; lo nombraron  
un día porque eran sus dueños,  
porque en sus labios cada cosa  
empezaba a nacer de nuevo,  
porque Tú les favorecías  
desde un lejanísimo empeño,  
porque eran como tus acólitos  
ayudando a tu ministerio.  
Nadie sabe como empezaron  
a llamarle el Parque Pequeño.  
Desde entonces, todos decimos  
como dicen, como dijeron.  
Con la palabra fue más dulce  
la vecindad, más blando el suelo.  
Y, al solo nombre pronunciado

y repetido - ¡ábrete, sésamo! -,  
fueron más claras las paredes,  
más buscado y amable el cerco,  
más entendida la pobreza,  
el tributo sentido menos...  
Una mañana, a los tejados,  
a las hojas del árbol fresco,  
por ese lado de la caja,  
Señor, eternamente abierto,  
se acercaron, multiplicándose,  
los grises gorriones domésticos.  
Para vosotros, hijos míos,  
este fue el diálogo del vuelo.  
Y ¿ es suficiente? Es suficiente;  
hoy lo sé bien, hoy lo compruebo,  
cuando nos traen sonando el día,  
cuando se acercan respondiendo  
a la mano que siembra el pan,  
cuando cobijan su silencio  
bajo las tejas con la lluvia,  
cuando bajan de los aleros  
hasta el manjar disputadísimo,  
voraces, tímidos, inquietos...



No se dejan coger. No quieren,  
hijo mío. Huyen arriba  
cuando te acercas, cuando intentas  
afirmar tu planta indecisa  
para hacer frente a su desvío  
como protesta de la huída.  
Después te tomo de la mano  
y caminas, oh Dios, caminas  
sin que yo sepa quien provoca  
nuestros pasos y quién nos guía.  
Se pierde tu mano en mi mano  
como un racimo entre las viñas,  
como otro pájaro en un nido  
de torpe carne entretejida.  
Vamos juntos y no podemos  
hablarnos. La palabra mía  
no tiene paso hacia tu mundo  
no tiene formas que te sirvan.  
Yo llevo un mar dentro del pecho;  
tú, una fuente clara y purísima;  
a mí me puebla un cieno oscuro  
de torvos peces que se abisman;  
en ti la arena se remansa,  
a ti las aves te transitan.

Suéltame, déjame en el lodo,  
tú que la luz me comunicas,  
tú que has hecho buena mi sangre,  
nueva mi imagen y distinta.  
Suéltame, suéltame, libérate.  
¿No sientes la antorcha encendida  
de mi brazo, que la laguna  
de tu mano apenas mitiga?  
¿no escuchas esta alta tormenta,  
que en mi corazón se cobija?  
¿no entiendes la desesperanza  
que desde mis ojos te mira,  
regresada de tanta muerte,  
de tanto amor, tanta mentira,  
de lo que ya no es ni recuerdo  
de lo que no te dejó noticia?  
¿No sientes miedo de mi ayuda  
que apenas es esa cohibida  
vigilancia del labrador  
por el agosto de la espiga,  
sin poder convocar la lluvia,  
ni pararla, ni repartirla...?  
La mano aprieta su puñado  
¿por qué? ¿qué defiende? ¿qué cuida?  
Crece, jugoso, dentro, el fruto;  
fuera, la cáscara se obstina;  
hierve y golpea el vino joven  
las paredes de la vasija.  
Como el perro que trae la caza  
en los dientes y no lastima  
la pieza, así los dedos hacen  
uno el rigor y la caricia.  
Caminamos por esta caja  
ya tan andada, tan medida;  
tú no sabiendo que hay distancia,  
yo creyendo que no es precisa.  
Tiras de mí. Vuelven los pájaros.  
¿Es suficiente? ¿No serían  
mas gratas otras alas? ¿otro  
vuelo mejor? Mi hastío olvida  
que hay otras aves, otras cosas  
que un día fueron causas mías.  
Espera...¿dónde vas? No estamos  
ya solos -yo sí; aunque tu orilla  
toque el clamor sordo del mar  
y acerque su arena finísima-;  
sé que no estamos solos, aunque  
seas tú la soledad mía.



Hay un río, hay un bosque. Todo  
se vuelve claro. Me conducen  
por una orilla verde. Toco  
la hierba. Soy un niño triste.  
El Duero pasa. Hay un remoto  
sonar, cantar. Lejos, la nieve.  
Todo es perfecto ante los ojos:  
los bueyes lentos en la tarde,  
el campesino y el rastrojo,  
el leñador y la resina,  
el pez, el águila y el corzo.  
A mi me llevan...¿ No es ahora?  
¿No soy el niño temeroso  
de la tormenta, el mismo niño  
de aquel llanto, de aquel asombro  
ante el dolor, ante la muerte?  
¿Y aquella mano que de pronto  
desde la rama la soltaron  
contra la tierra, sin retorno  
posible...? El pueblo se encendía  
con el sol. El camino de oro  
llevaba a la fiesta, a la caza,  
llevaba a la inquietud, al ocio,  
llevaba a la ciudad, llevaba  
a la vida de cualquier modo;  
Pero la mano, aquella mano;  
su dureza, su testimonio,  
su vecindad y su cuidado,  
su abrigo justo, su acomodo  
¿dónde están? ¿dónde estás? ¿o eres  
la misma mano que ahora toco?  
¿Soy yo la guarda o lo guardado?  
¿doy o recibo el patrimonio?  
¿te llevo o tú me llevas, hijo?  
Estos árboles del otoño  
¿son aquellos bajo el Urbión?  
¿No sale este patio del fondo  
de aquel pinar de Covaleda?  
¿no están en él aquellos chopos...?  
Ven, hijo mío, padre mío.  
Triste es el tiempo, pero hermoso.

## TODAVÍA EN SILENCIO

Te han nacido los ojos con preguntas,  
y sin cesar me asedias preguntando.  
Y yo sin contestar... Hija ¿hasta cuando  
mudos tú y yo: dos ignorancias juntas?

¿Hasta cuándo en silencio irán las yuntas  
de tu asombro y mi amor; de mí, temblando,  
y de ti, poco a poco, asegurando  
música sin palabras...? Sé que apuntas,

en brotes de miradas, rosas rojas  
que un día se harán voz contra mi pecho  
y tendré con la voz que responderte.

Se turbará mi otoño entre tus hojas,  
y las mías serán un vasto lecho  
donde al hundir tu pie suene mi muerte.

## DEDICATORIA

*A mi hijo*

Esto que tienes ante ti,  
hijo mío, es España.  
no podría decirte –y no puedo,  
al menos con palabras-  
cómo es su cuerpo duro,  
cómo es su cara trágica,  
cómo su azul cintura, extensamente  
humedecida y agitada.  
Su pecho, recio y de varón, respira  
por las altas montañas;  
la suave curvatura del regazo,  
femenina se ensancha  
hasta la soledad de las arenas  
múltiples y doradas;  
los brazos de sus ríos acumulan  
venas que acercan las gargantas  
oscuras o los verdes valles,  
arrancando la tierra, acariciándola.

Esto que tienes, que tenemos  
ahora mismo, es España.  
Es mía porque puedo  
celosamente amarla,  
tocar su piel y estremecerme,  
mirarme en ella fijo, cara a cara,  
sentirme antiguo, envejecer con ella,  
o nuevo cada día y estrenarla.  
Es tuya porque puedo  
con pasión entregártela,  
porque me la he ganado sin fronteras;  
sin tener que acotarla,  
la he traído a mi voz cuando he querido,  
como a una oveja que paciente aguarda  
el silbo del pastor.

No hay quien le ponga  
puertas, y yo te invito a traspasarlas.  
Mira; aprende a mirar con ella, aprende  
a acompañarte de ella, acompañándola.  
Tierra de andar y comprobar despacio,  
huidiza de tan delgada,  
difícilmente bella de tan sobria,  
fina y calladamente regalada;  
tierra para escuchar como una música,  
para no echársela a la espalda.  
Cuando puedas, lo digo desde ahora,  
lo escribo desde ahora, por si falta

un día en tus oídos  
la fe de mi palabra,  
cuando puedas, y tengas el pie firme,  
y claro el corazón, y abierta el alma,  
sal al camino, cíñete la ropa,  
hijo mío, y ándala.

El sol se pone para todos. Mira;  
ahora lo está ocultando el Guadarrama;  
el cielo es como un ópalo, como una  
precipitación nacarada;  
quedan azules, negras, las tranquilas  
honduras de estas navas  
que encienden sucesivamente  
el racimo esperado de sus casas.  
Arriba, las estrellas aparecen  
“sin prisas y sin pausas”;  
se pierden, numerosos, los senderos  
y en la penumbra se unen las montañas.  
Gigantesca, se espuma “La Peñota”;  
suave, “El Montón de Trigo” se destaca;  
afila “Siete Picos” en la sombra  
su aguda dentellada;  
quiebra “La Maliciosa” bruscamente  
su plomiza atalaya,  
y allí, en su cascarón de ávida nieve,  
se hunde Navacerrada.

Esto que ves, que tienes, que te entrego,  
hijo mío, es España.  
Digo y escribo, y puede más su nombre  
que la mano y la voz. Es como un agua  
que desborda este vaso de mi verso  
donde quiero encerrarla.  
Bebe, hijo mío, bebe; el trago es tuyo,  
tuya es la herencia, tuya la privanza.  
Sobradamente te dará en los días  
su variedad multiplicada.  
Tú podrás elegir, como el que hunde  
sus manos en el cofre que guardara  
un tesoro en el tiempo acumulado,  
la joya deseada.

Deja un día a tus ojos que se pierdan  
en la redonda vega de Granada;  
junto al silencio de sus torres rojas,  
oye las fuentes de la Alhambra;  
mira Toledo enamorando al Tajo,  
el fresco prado hacia la mar cantábrica,  
el cielo por los arcos de Segovia,

Ávila en su quietud amurallada,  
Sevilla entre jazmines una noche,  
Burgos de piedra donde el Cid cabalga,  
Cádiz como una nieve mar adentro,  
balcón de Tarragona, luz de Málaga,  
cúpulas de la nave aragonesa,  
orillas de la Huelva aventurada,  
minera Asturias con el verde cuello,  
Córdoba entre arcangélica y romántica,  
Alicante con palmas hacia oriente,  
Valladolid con la oración tallada,  
coronado León entre los puertos,  
Zamora altiva, Huesca pirenaica,  
Galicia que la mano de Dios hizo,  
rosa sillar nacida en Salamanca,  
campos para la flor de Extremadura  
donde la encina sin cesar batalla,  
Madrid desde el palacio a la pradera,  
Barcelona de las Atarazanas,  
Valencia de las puertas y los puentes,  
Álava señorial, Cuenca encantada,  
Bilbao de hierro, Soria junto al frío,  
Jaén del olivar, Murcia hortelana,  
lejanísimas islas de fortuna,  
islas de claridad mediterránea...

¿Ves, hijo mío? El vaso se desborda;  
deja a tus labios apurar la gracia.  
Esta es mi herencia; puedes hacer uso  
de ella y proclamarla.  
Lo que te doy en buena hora  
que en buena hora lo repartas.

## INVIERNO EN ZOCODOVER

No amar a nadie en esta tarde fría,  
no amar a nadie, y de ternura  
llenarlo todo, todo de amargura  
por esta sed de amante todavía.

Plaza de mi niñez vieja y vacía,  
donde mi triste corazón perdura,  
como esa rama sensitiva y pura  
que amenaza el invierno en su porfía.

No amar de amor a nadie. Y mirar cielos,  
árboles y ventanas, techos, suelos,  
donde el amor, amor, te sujetabas,

donde toda esperanza hallaba nombre.  
No amar, y que en la tarde no se asombre  
nadie... Zocodover, tú me mirabas.

ORACIÓN POR LEOPOLDO PANERO  
EN LA ERMITA DEL CRISTO DE GRACIA

Busco tu compañía en esta ermita  
donde he entrado a rezar por ti, tocado  
de soledad, herido y asombrado  
por todo lo que un golpe precipita.

Y tú no estás. ¿O no era aquí la cita?  
Estoy solo. Pasaba. Me han llamado.  
Y era tu voz; la voz del desterrado  
que en el desierto del poema grita.

Torre de hombría, paz andante, lumbre  
cautiva, acostumbrada pesadumbre:  
¡cuánto valor sin sitio y tan aparte !

Rezo sin entender...¿Cómo podía  
haber sido...? En la Cruz, Él me decía  
que lo mejor estaba de su parte.

## DIOS EN LA TARDE

Como cuando era niño, Dios parece  
que es el sol que enrojece ahora la tapia  
y que extiende su aliento hacia nosotros  
y que temblamos en su vaharada.

Si pudiera poner en esta tarde  
mi corazón tendido a la ventana,  
y pudiera apresar ese sol último  
hasta que entre mi sangre se quedara.

Plátanos que alargáis la sombra amiga,  
elegida prisión de mi jornada,  
patio de soledad con Dios caído,  
abatido clavel, bandera arriada.

Si pudiera decirme de una vez  
y no volviera a hablar, y Tú me hablaras  
sólo una vez también; ¡ay, labio mudo,  
beso sin acercar, fuente sin agua!

Dios vecino de mí, desconocido,  
vacío que en mi culpa se amuralla;  
busco en la tierra el grano y picoteo  
contra la piedra y la desesperanza.

Yo tuve un día el trigo y lo conozco,  
y la gota del vino rojo... Estabas  
como en mi soledad estás ahora  
y con mi soledad me desamparas.

Si pudiera dejar el alma mía  
"entre las azucenas olvidada",  
y ella olvidara el tiempo y la memoria,  
y Tú en mi corazón me recobraras...



## SÓLO UNA FRUTA

Mis hijos son pequeños todavía.  
Diariamente en la mesa,  
llega la hora de la fruta,  
y tengo que pelar una manzana  
o una naranja.  
Yo tengo prisa por terminar de comer.  
Para mí la mesa suele ser una obligación  
no demasiado grata.  
Pienso que pierdo el tiempo  
pelando esta manzana que miro silencioso.  
Pero tomo el cuchillo y enseguida mi oficio  
cobra una dimensión de no sé que importancia.  
( Me acuerdo de aquel jefe que tuve  
hace ya muchos años.  
Era muy alto, y me parecía  
menos hostil que otros.  
Allá arriba, en las sienas, le brillaba  
el blanco cabello inicial  
como a ciertos actores de cine  
de tópica atracción entre muchachas  
aún adolescentes.  
Tenía yo entonces poco mas de veinte años.  
Y él hablaba así - mientras yo escuchaba -  
con otros compañeros:  
" Yo creo que el hogar  
es sentarse a la mesa diariamente  
y pelar fruta para cuatro"...  
Otro día se murió;  
sí, joven todavía.  
Y cuando me dijeron que había muerto  
yo solamente pensé en la mesa enorme de su casa,  
sola con unos cuantos frutos  
esperando aquel ademán cotidiano  
y un débil malhumor que ya no volvería.)  
Ahora, todos los días tomo el cuchillo, y tengo  
que pelar la manzana o la naranja.  
Me molesta, me aburre.  
Siento que pierdo el tiempo,  
que debo levantarme de la mesa  
para hacer algo que creo más importante.  
Pero me acuerdo de aquel hombre,  
y cojo el cuchillo,  
como agarrándome a la vida  
que tengo todavía  
entre estos niños y junto a estas frutas.

## CINCO HOMENAJES A RUBÉN DARÍO

### YA NO TENGO MIEDO

*"Yo, silencioso, en un rincón  
tenía miedo"*  
R.D.

No; ya no tengo miedo.  
De noche,  
algunas noches  
hace mucho tiempo,  
con miedo dentro de los ojos  
y entre las manos encontradas solas,  
y en los labios,  
sin la oración de pronto,  
sin el beso todavía,  
creía ver vacíos gigantes  
que avanzaban  
y pasaban hundiéndome.  
Y estar solo era peor  
que temblar bajo la planta  
de los que llegaban.  
Era hace mucho tiempo;  
quiero decir, ayer por la mañana,  
no hoy por la tarde  
en que, acaso,  
se acaba mi jornada de hombre.  
Entrar en la tempestad,  
en el concierto,  
acogerse a sagrado en la mano  
del padre, mirar a la cintura  
de la madre,  
aún esbelta, caminar  
daba miedo;  
aunque era todo tan hermoso  
en la propiedad de los otros  
que pretender un pedazo  
de actividad, de compañía,  
era temeridad o sueño.  
¿Con qué,  
de qué armas echar mano,  
cómo incorporarse a la fila  
sin que se notara, escandalosa,  
mi bisoña amargura,  
mi incapacidad de llegar  
a aquella marca mínima,  
para tocar  
el puesto ambicionado?

Fuera, las arboledas,  
aunque sangrantes, pobladas,  
florecidas, cerraban celosas  
los innumerables caminos  
al abridor inerme.  
Era mejor quedarse sin entrar;  
no pedir, no empezar nunca  
a disputar,  
a desalmarse amando;  
era mejor quedarse allí  
donde el vacilante susurro  
de una preparada hojarasca,  
tendida como cuna,  
proporcionaba un poco de música  
al tímido desamparado.  
Pero ya no tengo miedo.  
Aunque he salido, no tengo miedo;  
aunque estoy en plena corriente,  
con mi balsa medio hundida, y brillante  
lúcida y desarticulada  
por el furor del oleaje,  
casi tocando el bajo fondo  
de la arena sin nombre,  
no tengo miedo,  
o no tengo sentido del peligro  
- sí, Dios mío, sí tengo -,  
o la desesperanza  
-¡qué extraño! - me sostiene.  
He salido;  
había que salir  
y darle cara a esto  
que llamamos luz;  
había que encontrarse con el día  
solemne de los tributarios,  
de los procesionales,  
y de los disciplinantes.  
Y aquí estoy en el centro  
con la palabra en los labios  
como una flor mordida con descuido,  
o como el portor en el trapecio  
que sabe que de sus dientes  
puede pender la vida  
de alguien.  
No; no es soberbia;  
tú me lo has enseñado,  
tú que humilde o poderoso,  
no sé,  
has vencido después de tener miedo,  
has dado confianza a los hombres  
en este destierro inaudito.

No tengo miedo, porque basta  
una palabra para andar,  
para rezar,  
para unirse a Dios  
o a los siervos;  
una sola palabra pronunciada  
con fe  
ahuyenta la soledad  
en el cuarto oscuro del niño,  
en el cuarto oscuro del hombre,  
en el cuarto oscuro del mundo.

## FACULTAD DE VOLVER

La ciudad se termina junto a un río sin sueño  
baja, con su costumbre de muchacha de campo,  
a mirarse en el agua, a dejar que en el agua  
desemboquen los ríos más chicos de sus brazos.  
La ciudad aún se olvida de su actual estatura  
en estos terraplenes donde el tibio regazo  
de la arena conserva restos, muertes, memorias,  
últimas iniciales, vestigios despreciados;  
la ciudad está hundida de amor en su cintura  
y ama serenamente lo que ha sido ya amado.  
Aquí el furor parece que ha mellado sus armas,  
aquí el tiempo se puebla de enmudecidos cantos,  
se creería posible ver el suelo cubierto  
con la arboleda innúmera de los frutos vedados.  
No suena el agua, calla su desnudez doncella;  
se va buscando un poco de ternura, buscando  
los ojos de los puentes, las redes de los juncos,  
la caña abanderada, la sed de los caballos...  
Mas todo lo que huye deja un rastro de fuego,  
deja cuellos heridos, cabellos enredados;  
lo que se va nos deja silencios que ensordecen  
nuestro sosiego un día sorprendido y lejano.  
Pasa el agua tremante, desvelada, sonámbula  
va gozando una orilla donde no brillan astros,  
donde sólo los cuerpos se besan con los cuerpos  
donde casi se acercan las riberas, los labios.  
Sí, todo lo que huye, como un dios elegido,  
nos mira y se eterniza en todo lo mirado.  
Se va el agua y nos deja la ciudad en lo hondo,  
¡oh, pozo de Toledo, con Toledo manando!  
Aquí estás. Tu caída nos arrastra contigo;  
tu grito sin respuesta nos encuentra gritando  
una tarde entre formas de silencio entre ramas  
voladoras y unánimes de un gigantesco árbol.  
Somos sólo una orilla; una orilla el quebrado  
calor de los almendros, con el oculto timbre  
de la cigarra -¿dónde la oí primero, cuándo...? -.

Estoy en la atalaya del Miradero; miro  
cómo se acerca el río, tan quieto en sus meandros,  
cómo piden ternura las torres de Galiana,  
cómo eleva su pecho de oro San Servando...  
Llegan ya los infantes de mi infancia; la pierna  
desnuda entre los musgos; el pie hundiéndose blando  
en el limo rojizo donde la hierba toca

las finas espadañas y el surco prolongado.  
Bajo una clara urdimbre de nubes ligerísimas,  
hacia Sanfont se tienden mis ojos, alanceando  
los novillos del agua, que aceptarán sin queja  
el yugo inevitable de los puentes romanos.  
Alcántara en sus hombres jóvenes lleva al día,  
y a trechos enrojece los pliegues de su manto;  
San Martín que galopa bajo los cigarrales,  
repartirá su capa de sombra lado a lado...

Ciudad, que en tus barandas me ves solo y atento,  
que ni siquiera piedra soy desde mis estragos,  
nada puedo ofrecerte que no sean palabras,  
ciegas palabras...

Madre, llévame de la mano

## RUINAS DE UN CAFÉ

Me acompañáis ahora ante esta puerta  
deshecha, hojas con lluvia enternecida,  
vientre de una pared, cal percibida  
por una reja rosa, malva, muerta.

Yace mi juventud en la desierta  
cueva. ¿Quién habla dentro? -"¡Vida! ¡vida!"-  
se oye gritar. La mano que no olvida,  
al ver su soledad se desconcierta.

Hay escombros con luna; son jazmines  
que le roban su luz a los jardines  
y traen el cuello aquél, aquella frente.

Aquí estuvo el amor; otra vez puro,  
- "¡Vida! ¡vida !"-, dirá desde lo oscuro,  
y otra vez matará al adolescente.

## LA PALOMA EQUIVOCADA

*A Rafael Alberti.*

Norte, sur, este, oeste... Una paloma  
de otra torre venida, desnortada,  
de balcón a balcón - tibia nevada -  
lenta se esconde, tímida se asoma.

" No todos los caminos van a Roma",  
piensa ya la paloma equivocada.  
El poeta lo sabe. ( ¡Casi nada  
sabe el poeta ya del daca y toma!).

Pero a la nieve nadie la sujeta;  
libre se cree, desde el tejado al plinto,  
como si fueran sus caminos diarios.

Y esto no lo sabrá nunca el poeta  
ni la paloma ni su laberinto,  
sino mi corazón y sus contrarios.



## LA SOLEDAD DE UN ROSTRO

(Con versos de Luis Cernuda)

*Todo está igual, aunque una sombra sea  
de lo que fue hace siglos, mas sin gente.*

**Como contigo, un alba me rodea;**  
como a tu lado, oscura está mi frente.

Por otro cuerpo vas, por una idea  
que trae su agudo rayo de repente,  
y todo lo enriquece y lo verdea  
*al viento matinal, junto a la fuente.*

Voy a tocar el agua, como un ciego  
que sigue el muro del ayer, y luego  
al ver mi rostro de hoy, hundido y triste,

**cierro los ojos sobre el tiempo mío**  
*para dejar tan solo en el vacío*  
**brillar más puro el resplandor que fuiste.**

## LOS CRISTALES FINGIDOS

Aquellos lejanísimos cristales  
¿se han roto, oh Dios, o se han oscurecido?  
Entre sombras camina el que ha perdido  
del cielo azul las únicas señales.

Ayer de mis más altas catedrales;  
ayer del corazón y su sentido;  
ayer de un sueño hermoso y compartido,  
con Él siempre asomado a los vitrales,

¿qué fue del hombre, qué de aquel sustento  
tan traído y llevado por el viento  
con cada día de la primavera....?

¿O nada era verdad ? Oscuro, oscuro,  
golpeó el ciego impenetrable muro.  
No era la luz, pero el cristal si era.

## ESTAS MANOS

Estas manos que tienen aún memoria,  
que alojan la pasión y han provocado  
un bosque, un fuego, un viento arrebatado  
¿que son sino temblor, cárcel y escoria...?

Una tierra adelantan, una orilla  
del arrabal, del terraplén oscuro;  
arañan azucenas en un muro  
de cal donde se asoma ya la arcilla.

Estas manos que alzaron la belleza,  
que hicieron del amor su fortaleza  
y eran la eternidad de un tiempo breve,

torpes, y abandonadas, y distantes,  
pasan sobre la nieve, como antes,  
y ahora saben del frío de la nieve.

||

En la tarea fuiste Tú el primero  
y me dijiste: "Mira, este es el hombre".  
Me diste la pasión y con su nombre  
la posibilidad del alfarero.

Imagen era tuya y semejanza  
de Ti mismo. Creé como creaste;  
tomé del mismo barro que tomaste  
y alcé una criatura a la esperanza.

Hace ya mucho tiempo. ¿Merecía  
la pena hacerse dios de cualquier modo  
para acabar en estos sueños vanos?

¡Qué hermoso fue crear cuando creía!  
En mis manos estuvo el amor todo  
y todo se me ha ido de las manos.

## LA MUERTE

*"¡Vámonos, muchachos! Lleven mi equipaje  
a bordo de la fragata"  
(Palabras del Libertador antes de morir).*

Sublevada la sangre en los volcanes  
extintos de las venas, " No -decías-;  
el lecho, no ". Las cuerdas preferías:  
temblor de mar y vuelo de alcotanes.

Se quebraban en flor tantos afanes  
tantos triunfos de tantas rebeldías,  
tantos desmesurados mediodías...  
Fuera, la sombra de los capitanes.

"Vámonos ya; que lleven mi equipaje  
a bordo..." Y no. Bastaba para el viaje  
la mano del Señor, ya tan cercana.

Atrás, sí; la fragata que fletaste,  
veinte velas que al viento desplegaste,  
veinte nombres de tierra americana.

## EN LA TUMBA DE KEATS

*Cementerio de protestantes*

"Aquí yace Adonais. Su nombre  
estaba  
escrito  
sobre el agua".  
Ni una flor, ni un poema,  
ni una oración hablada...  
Yo te traería  
una muchacha  
que he visto  
esta mañana.  
Se cubría con un sombrero  
de paja  
rodeado por una cinta  
encarnada.  
Tenía los brazos redondos  
y la piel muy blanca;  
parecía una columna cubierta  
de telas agitadas;  
era un enigma  
para mí;  
una catacumba cerrada,  
una remota noticia del amor,  
el mismo amor recuperando sus alas.  
Se movían sus hombros, sus caderas,  
porque sonaban  
las cuerdas melancólicas  
de una guitarra.  
Ella no sabía  
que estaba  
al lado de la que fue  
tu casa...  
Te la traería ahora  
para  
que  
pasara  
un momento  
junto a esta lápida  
y  
rozara  
tu frío con la tibieza  
de su falda.  
Te prometo  
que iré a buscarla.  
Es posible que ella se asuste  
-"los viejos y Susana" -

como una corza  
sobresaltada,  
o que acaso me siga, vagarosa  
como un pálido fantasma.  
Estará como siempre,  
eternamente sentada  
en la *barbaccia*  
de la  
Plaza  
de  
España.  
Indiferente  
y descuidada,  
no se sabe un misterio  
ni una rosa que estalla;  
no sabe que es una evidencia de vida  
indeleble y arrebatada,  
como tú eres el verso que no borrará nunca  
la arena de ninguna playa...  
" Sonríe el blando cielo, el leve viento  
susurra, dulce: Es Adonais que llama "  
Adonais, Adonais,  
reja trenzada,  
laberinto que a sí mismo  
se engaña, súbita revelación  
enterrada,  
verso que en lo oscuro se tiende,  
urna de oro sacra,  
y en esa urna, ceniza  
delicada.  
Aquí yaces entre silencios,  
mudo ya como una campana  
descendida  
de su espadaña  
que un día volteó entre las cigüeñas  
de nieve amanecida y desplegada.  
Corazón sorprendido en un sueño,  
labios en el barro y garganta  
implacablemente segada.  
¿Qué haces entre otros muerto ?,  
¿ cómo respondes a quién te llama...?  
La pirámide Cestio  
señala  
un cielo gris, ahora  
con una nube malva.  
He pasado la puerta de San Pablo,  
cerca de la muralla.  
El monte Testacio  
se elevaba  
sobre los vasos rotos

y los restos de las ánforas.  
Minerales brazos,  
asas,  
cuellos, bocas hundidas,  
acalladas,  
que nunca tuvieron  
el don de la palabra...  
El cementerio de los Protestantes  
es como una bandera verde y blanca  
- hierba tierna y sol húmedo  
entre las lagartijas rápidas -.  
Nadie en la tarde  
me acompaña.  
Hay que aprender a estar solo y muerto  
definitivamente hasta  
el final de los siglos de los siglos.  
(Y aquí mismo, la aljaba  
de amor tuvo sus flechas  
preparadas,  
aquí donde la vida todavía  
es una imitación de la esperanza).  
Hay que morir de cualquier manera  
cada mañana...  
Ella estará allí todavía,  
sentada,  
dejándose mirar como  
si tú la miraras;  
allí, quieta y ausente  
como una sirena anclada;  
sin pensar  
en nada,  
inexpugnable y hermosa,  
y caiga  
el que  
caiga;  
dejando su mano  
abandonada  
para que sus dedos sean  
acariciados por el agua  
que intenta copiar  
tu ventana  
en la  
barbaccia  
de la  
Plaza  
de  
España.

## GALIANA

*"Si tú me dices que es posible subir al cielo  
digo que sí y que sé donde está la escalera"*

EL COLLAR DE LA PALOMA

¿Quién es el vencedor?, ¿quién el vencido?  
En el amor no vence nadie. El hombre  
no vence en el amor. El amor vence  
sin nadie, sobre nadie. Es el olvido  
quien pisa su coraza luminosa  
un día, y luego sombra, y luego nada...  
Yo no fui el vencedor. De aquel Toledo  
no queda nada ya, ni de aquel niño.  
El barro aquél, la tarde aquella, el tiempo  
no eran verdad. La niña rubia, arriba,  
no era verdad. Yo soy la leyenda  
que permanece en la penumbra, y duda.  
Y nadie sabe. Y no existió Galiana,  
ni el oro enfrente o la muchacha en brazos  
de los balcones. Y la mano escribe  
sobre otra mano pálida y distante  
que se perdió en la turbiedad del río...  
Aquí está aquella Puerta de Bisagra,  
y el dintel, y los arcos de herradura,  
la fila de troneras, las almenas  
donde el azul se vuelve gris y plomo;  
el Cristo de la Luz, las califales  
cúpulas diferentes; la mezquita  
de El Salvador, la piedra y el ladrillo;  
las Tornerías y los Baños árabes;  
los saledizos rojos de Santiago  
del Arrabal, el Cristo de la Vega  
y el cementerio musulmán; las aves  
negras en el campo de oro del Corral  
de Don Diego, sus muros esmerados;  
las filigranas de las yeserías  
con el nombre de Alá multiplicándose.  
Y Galiana, y su ruina, y su memoria...  
Pero te busco y tú no estás, Galiana.  
Nunca fuiste. Ni yo soy. Ni mi triunfo  
sirvió de nada.

Dicen que vencido  
fue mi rival, y que tu mano dulce  
fue el premio de mi audacia y de mi robo,  
y de mi guerra y de mi duelo. Es cierto.  
Es cierto: de mi duelo, sí, del duende  
que me persigue, de la queja insomne  
que corre, peregrina, por el río



y entristece a Toledo y lo rodea.  
Eso sí permanece: la escritura  
en el oído atento, el alarido  
inacabable, prolongado, el fondo  
de Dios que el amor tiene, y esas manos  
tendidas hacia el agua que extremadas  
fueron su gozosa regalía.  
A veces la palabra es el silencio,  
la maldición, la calma sobre el bosque;  
y la huida en el mar encadenado,  
y el vaso, la mortal forma de agua.  
No alcanza ya el amor quien ha tenido  
el amor, y al amor aquel se vuelven  
los amarillos besos, y los labios  
con memoria amarilla en su marchita  
rosa amarilla que la edad deshace...  
¿Te llamabas Galiana? ¿ Se llamaba  
Galiana aquella dama que corría  
entre las clases por el sol del patio  
y rompía las cuevas de Toledo  
y abría el trigo por los cobertizos?  
¿Quién es el vencedor? Y me pregunto,  
el vencido ¿ quién es? ¿ Tú, que en la noche  
gritas por el amor que yo he olvidado?  
¿Tú, olvido mismo, que te enseñoreas  
en esta soledad abandonada  
que yo he buscado a espaldas de los dioses?  
¿O esos hombros que esquivan la belleza  
a esa otra mano a la que pertenecen?  
(Sobre el hombro derecho se leía:  
“Estoy hecha por Dios para la gloria”)  
Ya no se va tu santo al cielo; el río  
espera inútilmente aquellos peces  
rojos, precipitados, del verano:  
espera al niño que endulzó la tierra  
con su propio sabor. Y su albedrío  
bastaba a la esperanza y al deseo.  
¿O soy yo el vencedor? Los vencedores  
apiñan sus trofeos, sudorosos.  
No duermen. Les desvelan los laureles.  
Miran en torno y están solos. Lloran  
con las manos vacías de victoria,  
con el hastío en las mejillas pálidas.  
Los vencedores, los supervivientes,  
en su torre de luz encarcelados  
muestran las indelebles cicatrices  
del arma moribunda, del acero  
del contrario, que brilla en la alta luna  
desde los ojos de su calavera.  
Abren el memorial de los desastres,

las atalayas que mantiene el viento  
y las arboladuras sobre el casco  
del barco, destrozadas y solemnes.  
Pero los señalados aún insisten:  
aman sobre el amor de una mortaja  
y otra mortaja. Los resucitados,  
frenéticos, son muertos y lo saben.  
La mano inconcebible de la nieve,  
la mano diminuta del rocío,  
la mano paulatina de la lluvia,  
y el trueno con su voz indescifrable,  
y el beso del relámpago, furtivo,  
y del sol extremado, extenuante,  
y el de la estrella más allá del éxtasis...  
Todos son signos del amor, Galiana,  
sobre el osario de los torreones,  
todo labios mojados, resbaladas  
gotas que la deshecha piedra absorbe.  
Ya no sé dónde estaba la escalera;  
no hay apoyo en la tierra ni en el cielo  
para llegar a ese peldaño último  
donde un cuerpo de luz y otro de sombra  
inventan la armonía estremeciéndose.  
Un desterrado es el amante, y tierra  
la lejana mentira de su patria.  
El vencedor se mira y no conoce  
el barro aquel, la tarde aquella, el niño  
aquel, la piel espléndida y dorada  
y el sufriente silencio esperanzado.  
Amar después fue comprobar el hueco  
de un pozo, y un abismo, y una soga  
en el cuello viviente y estrechado.  
Pudo más el vencido en su agonía;  
murió de amor diciéndolo, gritándolo,  
y el grito permanece sobre el tiempo.  
Es verdad la leyenda, y es mentira  
la sucesión amante de las noches  
y el canto repetido del que ama.  
Es verdad la leyenda, el alarido  
de un dios que desafía a Dios quejándose.  
Sube el grito a las calles de Toledo;  
vuelve a bajar al río y nunca cesa.  
Ahora se acerca, navegado y cómplice,  
vengador y rehén y testimonio.  
El perdedor es un adelantado  
de su propio final.

Y yo soy otro.

Soy el vencido, el que termina amando  
la soledad de todos los silencios.  
Las aves humilladas son más altas

que nunca, se tropiezan, se deshacen,  
se arrastran como dioses que regresan.  
Y aquella voz, Galiana, que es el río,  
la ronca voz del río interminable,  
está sonando en mí y entre los besos  
que no me pertenecen y me envuelven.  
Choca en el arrecife de los astros,  
desprendidos de las constelaciones,  
El mascarón de proa es tu desnudo.  
(La voz de la paloma en el bosque  
repite su canción de rama en rama).  
En las cuadernas suenan nuestros huesos.  
Mis olas te acarician sobre el mar.  
Galiana, amor, Galianas mías, mías,  
y de la muerte ya por vencedoras.

## CARTA A LA MADRE

¡Cuánto amor hay debajo de la tierra!  
Te escribo, madre mía  
mirando al aterido  
desnudo del crepúsculo,  
en una tarde en la que ya no estás  
ni puedes apoyarte en mi costumbre,  
cuando unas nubes tenues, sin destino,  
pretenden aliviar inútilmente,  
con un destello de color lejano  
el dolor de este cielo que me sigue  
o me precede, perro fidelísimo.  
He arrojado muy lejos mi memoria,  
y él vuelve jadeante,  
sin nada entre los dientes  
agresivos y blancos;  
otras veces el perro del recuerdo  
se queda atrás, y vuelvo la cabeza  
y no hay nadie esperándome  
¿Nadie ha vivido nunca en estos ojos...?  
"Todavía mi queja  
es una rebelión;  
su mano pesa sobre mi gemido".  
Tú , ¿dónde estás? No sales a tu hora.  
Estrella mía, aliento  
cristalizado, barro ilustre, piedra  
hacia tu destrucción inevitable;  
moneda de oro atesorado y mío  
ennegrecido y ciego, fría escoria  
y desembocadura  
de un río caudaloso  
que no va a retornar hacia sus fuentes.  
Te escribo desde un árbol y una rama  
y en un paisaje donde estabas quieta  
como una hoja perenne,  
sin estación, ni nieve, ni cellisca,  
ni vendaval. Estabas. Y eso es todo.  
Te escribo y sé que escribo  
para que no me leas;  
las cartas - ya lo sabes -  
son del que las escribe.  
Y llora el propietario de esta carta  
en la desoladora  
tristeza de su verso;  
el avaro de amor , lleno de espanto,  
golpea muros, puertas y ventanas  
ante la oscuridad del cuarto oscuro.  
Mientras escribo, madre,

con cuidado, tú puedes asomarte  
- aunque yo sé que nunca oiré tus pasos -  
por detrás de mi hombro  
para que en mí te veas prolongada  
con palabras tardías y sangrantes  
debajo de los astros veladores.  
¿Quién va a medir mi tiempo desde ahora,  
la huida levantada de los pájaros,  
la inexorable perdición del sueño,  
la carcoma que activa los relojes?  
Porque tú eras el aire y su finísima  
trama, como el arroyo en un discurso  
que, cuando menos fuerza lleva, y pasa,  
deja ver los diamantes de su fondo.  
Si te acercas, asómate con tiento,  
camina de puntillas por si acaso;  
que no te vea caminar, lo mismo  
que no te vi morir ayer -"ven muerte  
tan escondida"- y lee un poco si puedes,  
si te dejan tus ojos y separas  
un momento la tierra que los cubre.  
Habían ya perdido su exquisita  
ventana azul y la certera espada  
que llegaba a mi pecho sin herirme.

## EL RELOJ DE ARENA

Mis palabras se van como esta arena  
por el paso sin luz de la garganta  
que estrecha su caudal y que decanta  
las horas, los silencios, la condena...

Las cuentas interiores de la pena  
no le dejan espacios al que canta,  
y hay un cristal que fija y abrillanta  
y vuelve a unir lo que desencadena;

eslabones del alma fría, roja,  
midiendo por instantes la congoja  
para desembocar en lo sabido.

Se colmaba en lo alto con la vida  
y ahora cae sin cesar, lenta y suicida,  
en el pozo insondable del olvido.

## SONETO A MADRID

Centro de España, corazón, latido  
de fecundas y unánimes orillas  
almena singular de las Castillas,  
faro de luz, señero y repartido,

eres un libro abierto y ofrecido  
- siete estrellas, setenta maravillas -;  
sabe bien a qué altura creces, brillas,  
quien con amor a diario te ha leído.

Corte con tu lección de cortesía,  
tesoro de tu sol a mediodía,  
y en los ocasos con tus oros viejos...

Madrid, no rompeolas, atalaya,  
ciudad para vivir donde las haya  
y evocación de un sueño si estás lejos.

## INDICE

De Víspera hacia ti, Madrid, Gráfica Administrativa, en 1940.

### 1. *Víspera hacia ti*

De Poesía, Retrato del autor por Rafael Pena. Madrid, Ediciones de la Revista "Garcilaso", en 1944.

### 2. *Poesía*

De Versos de un Huésped de Luisa Esteban, Madrid, Ediciones de la Revista "Garcilaso", en 1944.

### 3. *Despedida*

De Tú y yo sobre la tierra, Barcelona, (Entregas de Poesía), Núm.10, octubre de 1944.

### 4. *He venido a la tierra hoy...*

De Toledo, Madrid, Ediciones de la Revista (Fantasía), Núm.3, en 1945.

### 5. *Canción de amor desde lejos*

De Del campo y soledad, Madrid, Ediciones Rialp, (Colección Adonais, Núm. XXV). Comprende también *Versos de un huésped de Luisa Esteban*, págs. 55 a 71, en 1946.

### 6. *Primavera de un hombre (Primer recuerdo de Soria)*

De Juego de los doce espejos, Santander, Colección Hordino, en 1951.

### 7. *A un espejo donde se va a mirar una niña*

Tregua, (Premio Nacional de Literatura "Garcilaso" 1951). Viñeta de Estruga. Madrid. Tipográficas Martínez Chumillas, en 1951.

### 8. *Gracias Señor...*

La red, (Premio "Fastenrath" de la Real Academia Española en 1955). Madrid, Editorial Agora, en 1955. Segunda edición: 1956.

### 9. *La Partida*

Elegía en Covalada, Madrid, Ediciones Punta Europa, Cuaderno IV de Poesía, en 1959.



*10. Elegía en Covaleda*

El parque pequeño, Madrid, Ediciones Punta Europa, en 1959.

*11. El parque pequeño*

Sonetos por mi hija, Madrid, Edición no venal, Viñeta de Molina Sánchez.

*12. Todavía en silencio*

Geografía es amor, (Premio Nacional de Literatura en 1957). Madrid, Gráficas Oscar, Colección (Palabra y Tiempo), Vol. I, en 1961. Nueva edición aumentada. Madrid. Editorial Kaliope, 1969.

*13. Dedicatoria*

Corpus Christi y seis sonetos, Toledo. Impr. Gómez Menor, Biblioteca Toledo, Vol. 8, en 1962.

*14. Invierno en Zocodover*

Circunstancia de la muerte, Sevilla, (La Muestra), en 1963.

*15. Oración por Leopoldo Panero en la Ermita del Cristo de Gracia*

La hora undécima, Madrid. Gráficas Oscar, Colección (Palabra y Tiempo), Núm. XIV, en 1963.

*16. Dios en la tarde*

Memorias y compromisos, Madrid, Editora Nacional. (Colección "Poesía"). En 1966.

*17. Sólo una fruta*

Hablando sólo, (Premio de Poesía Castellana "Ciudad de Barcelona". 1967. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica. Segunda edición aumentada, 1971 Colección (La encina y el mar), Núm. 41, en 1968.

*18. Cinco homenajes a Rubén Darío. Ya no tengo miedo.*

Facultad de volver, En Toledo, Madrid, Palma de Mallorca, Papeles de Son Armadans, Núm. CLXXV, en 1970.

*19. Facultad de volver*

Taller de arte menor y cincuenta sonetos, Madrid, Editorial Doncel, Colección (Libro joven de bolsillo), en 1973.

*20. Ruinas de un café*

Sonetos y revelaciones de Madrid, (Premio "Francisco de Quevedo" del Ayuntamiento de Madrid 1974). Madrid, Ediciones del Ayuntamiento de Madrid, en 1976.

*21. La paloma equivocada*

Súplica por la paz del mundo y otros "collages", (Premio "Boscán" del Instituto de Cultura Hispánica, 1973) Barcelona, Instituto Catalán de Cultura Hispánica, en 1977.

*22. La soledad de un rostro (Con versos de Luis Cernuda)*

Los cristales fingidos, (Premio "Ángaro de Poesía") Sevilla. Editorial Católica Española. Colección de Poesía (Angaro), Año X, Núm. 63, en 1978.

*23. Los cristales fingidos*

El arrabal, (Premio Internacional de Poesía Religiosa "San Lesmes Abad" en 1979). Burgos, Monte Carmelo (Viñeta: Oscar Estruga), en 1980.

*24. Estas manos*

Sonetos españoles a Bolívar, Caracas. Liminar de B.V.E. Prólogo por Mario Briceño Peroso. Editorial Arte,(Biblioteca Venezolana Ediviagro), Núm. 3, en 1983.

!

*25. La muerte*

Piedra y cielo de Roma, Introducción de Camilo José Cela. Madrid, Espasa-Calpe, Selecciones Austral, Núm.123, en 1984.

*26. En la tumba de Keats*

Galiana, (Premio de Poesía "Ibn Zaydun"). Madrid, Palabra previa de Jesús Riosalido. Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Colección de Poesía (Ibn Zaydun), Núm. 8, en 1986.

*27. Galiana*

Carta a la madre, (Premio Mundial "Fernando Rielo" de Poesía Mística). Madrid. Preliminar de Pere Gimferrer. Epílogo de Pureza Canelo. Ediciones (Caballo Griego para la poesía), Colección (Pentesilea), Núm. 10, en 1988.

*28. Carta a la madre*

Mar viviente, Edición no venal. Madrid. Editorial Naval, en1989.

29. *El reloj de arena*

Soneto a Madrid, del libro *Madrid: Historia. Arte. Vida.* 1991, pág. 19.

30. *Soneto a Madrid*

Esta obra ha sido creada en formato electrónico (pdf) para ser es distribuida por Palabra Virtual con la autorización de María Teresa García-Nieto, hija del autor.



A ntología de poesía hispanoamericana  
<http://palabravirtual.com>